

Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo

María Cristina Tortti

UNLP

Dentro del desparejo campo de los estudios sobre la nueva izquierda argentina, resulta un lugar común aludir a su irrupción como un fenómeno engendrado por el Cordobazo y propagado luego a la década de 1970. Y si bien es cierto que esta nueva izquierda alcanzó su máxima expansión a partir de la eclosión social del '69, y del crecimiento de la guerrilla durante la década siguiente, su presencia se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior. Como es sabido, una de las raíces de ese proceso se encuentra en el campo intelectual y cultural de la década de 1960, signado por el cruce entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario y en el que ocupó un lugar destacado el tema del “compromiso” de los intelectuales, que, desde la simpatía por la “causa del pueblo”, evolucionaría hacia formas de participación política directa –incluyendo muchas veces un cierto desdén por la tarea propiamente intelectual–. La amplia recepción de temas del debate teórico y político internacional se articuló con el entusiasmo despertado por la revolución cubana y otros procesos de liberación nacional, y ambos con cuestiones nacionales que, como la del peronismo, permanecían irresueltas. O. Terán ha señalado (1991) que ese recorrido intelectual y político fue acompañado por un proceso de “autoculpabilización” por parte de los intelectuales, debido a su “his-

tórico” alejamiento de los sectores populares, en particular del peronismo.

De manera casi natural, ese malestar se convirtió en crítica a los partidos Socialista y Comunista (PS y PC), que si bien tenían escaso peso político-institucional, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios e intelectuales. De modo que ellos sufrirán primero el embate crítico, y luego el alejamiento, de los sectores en proceso de radicalización que, en muchos casos, también era de “peronización”. En *Peronismo y cultura de izquierda*, C. Altamirano (2001) identifica las cuestiones que, a su juicio, habrían provocado la emergencia de la “situación revisionista” respecto del peronismo y analiza los principales núcleos de resignificación que hicieron posible la articulación –discursiva, y luego política– entre peronismo y socialismo.

Desde el punto de vista que aquí se adopta, y porque entre nosotros estos procesos trascendieron los límites de una “revuelta” puramente cultural para conectarse con procesos sociales y políticos más amplios, parece necesario identificar no sólo los términos del debate teórico sino, además, avanzar en la reconstrucción de los procesos mediante los cuales las nuevas ideas se convirtieron en ideales, y éstos en proyectos políticos de corte revolucionario. Pensamos que, en buena medida, ello puede rastreado en el surgi-

miento de numerosos grupos que durante los años del “frondizismo” buscaron primero la renovación de sus propios partidos, para luego protagonizar variadas experiencias de ruptura. Dichos grupos, a su vez, actuaron como “eslabones” en un proceso que puede calificarse como de reorganización de las vanguardias y que condujo a la temprana fragmentación –casi estallido– del Socialismo y a la irreversible erosión del prestigio del PC –hasta que sobrevino la gran ruptura de los años 1967-1968–. Aunque de vida generalmente efímera, esas experiencias permiten apreciar la emergencia de “puntos de ruptura” en las certezas de la izquierda que, a la vez, operarían como “puentes” con otras tradiciones políticas –también en proceso de radicalización– y que ya no encontraban cauce natural en los respectivos partidos. Por otra parte, la manera fluida en que en estos grupos circulaban ideas y personas, así como el horizonte de las apuestas políticas en las que cifraban expectativas, muestran que por entonces, pese al común entusiasmo por la Revolución Cubana, aún no se había consolidado la convicción de que había una sola “vía” al socialismo.

Il Después de 1955, las tensiones que recorrían a los partidos Socialista y Comunista se habían visto sensiblemente agravadas cuando a los clásicos cuestionamientos por su “histórico” fracaso, se agregó la evidencia de que no habría “desperonización” de la clase obrera sino que, por el contrario, los trabajadores reafirmaban su identidad política en medio de un inusitado despliegue de combatividad. Muchos pensaron entonces que había llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara nuevos cauces políticos y organizativos a esa aguerrida masa a la que consideraban “en disponibilidad” y en la que, a la vez, comenzaban a descubrir rasgos y potencialidades revolucionarias.

Si bien en toda la izquierda podían observarse signos de malestar, para muchos mili-

tantes el recuerdo de la Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba una profunda autocrítica, así como una rápida rectificación del rumbo político. Este proceso fue particularmente agudo en las filas socialistas en virtud de la actitud de colaboración asumida por su dirigencia frente al golpe de Estado de 1955 y al papel cumplido por muchos socialistas –y sus “gremios democráticos”– en el hostigamiento al mayoritario sindicalismo peronista, fuertemente reprimido por los gobiernos militares (Cavarozzi, 1979; James, 1990; Godio, 1991). A mediados de 1958, ese malestar estalló durante el Congreso realizado en Rosario que culminó con la división del Partido en “Democrático” (PSD) y “Argentino” (PSA) –al que se integraron los sectores juveniles y críticos y algunos dirigentes “históricos”, tales como A. Palacios y A. Moreau de Justo (Blanco, 2000)–.

El PC, si bien se diferenció de esa actitud cerrilmente antiperonista y llamó insistentemente al “trabajo unitario” en el movimiento sindical –participando activamente en la creación de la Comisión Intersindical y de las “62 Organizaciones”–, confiaba en que en las nuevas condiciones políticas se produciría la “desperonización” de la clase obrera que, entonces, afluiría a sus filas abriendo amplias posibilidades para la creación de un “Frente Democrático Nacional” en el que ellos tendrían un importante papel.¹

Sin embargo, a tres años de derrocado el peronismo, ni la colaboración de los socialistas con los “libertadores”, ni la línea del “trabajo unitario” de los comunistas habían producido en la clase obrera los frutos esperados

¹ Este “frente”, dentro del cual el PC debería tener hegemonía, era el instrumento para la primera etapa de la revolución –antiimperialista y antioligárquica– que la Argentina debía completar o recorrer debido al carácter atrasado y dependiente de su economía. Véase, por ejemplo: R. Ghioldi, “El carácter de la revolución”, en *Escritos*, t. 3, Buenos Aires, Anteo, 1976.

por sus impulsores. Cuando se produjo el llamado a las elecciones presidenciales que se realizarían en febrero de 1958, el PC propuso a todas las fuerzas políticas “populares y democráticas” la constitución de un “frente” sobre la base de cinco puntos programáticos² que expresaban su tradicional línea para la etapa “democrático-nacional”. Pero cuando fue evidente que dicho frente no se constituiría, los comunistas, como gran parte de la opinión de izquierda –además del peronismo–, decidieron apoyar a A. Frondizi, candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), en virtud del perfil “antioligárquico y antiimperialista” de su propuesta, expresado en un programa que reflejaba el espíritu de la histórica Declaración de Avellaneda³ que representaba, dentro del radicalismo, una tradición “de izquierda democrática, nacionalista y socializante”.

Por su parte, el PS –aún unificado– concurre presentando su propia fórmula “A. Palacios-C. Sánchez Viamonte”, si bien el proyecto frondizista no dejaba de despertar expectativas favorables en algunos de sus sectores más jóvenes (Blanco, 2000). Pero la sensación optimista que el triunfo de Frondizi había despertado se desvanecería rápidamente ya que, si bien el gobierno inicialmente tomó algunas medidas que parecían cumplir sus promesas electorales, a poco de andar el abandono de las consignas antiimpe-

rialistas, la represión al movimiento obrero y el conflicto universitario le alienaron la simpatía que había despertado en buena parte de la opinión pública. Además, su alianza con el peronismo comenzó a precarizarse a raíz de que mantuvo las prohibiciones que pesaban sobre Perón y su partido. Hacia fines de 1958, la fórmula que había propuesto al país salir del atraso mediante el “desarrollo nacional” y la resolución del problema de la exclusión del peronismo ya mostraba su fracaso y estaba claramente instalada la certeza de que la “traición” de Frondizi era un dato irreversible. Entonces buena parte de los sectores progresistas y de izquierda, al igual que el peronismo, pasaron claramente a la oposición. En las mismas filas de la UCRI se produjeron fuertes disidencias que llevaron a algunos de sus políticos e intelectuales a denunciar abiertamente la política gubernamental y a crear nuevos nucleamientos políticos que oscilaron entre la reafirmación del ideario radical plasmado en el Programa de Avellaneda y la adopción de posturas propias de la naciente “nueva izquierda”.

El PC, que también pasó a la oposición, no consideró necesario revisar su línea política ni rever las decisiones que en función de ella había tomado. Por el contrario, reafirmó sus posturas al explicar que la “traición” del gobierno al “programa progresista” se había debido a la “insuficiente presión” de los sectores populares que, por haber permanecido “desunidos o prisioneros de dirigencias vacilantes”, no habían logrado constituir el “Frente Democrático y Nacional” que el PC les había propuesto.

La dirección comunista se entusiasmaba con la combatividad demostrada por la clase obrera –particularmente durante 1959 (James, 1990)– y exhortaba con insistencia a sus militantes a la “unidad de acción” con el peronismo, llamándolos a superar los resabios de “sectarismo” antiperonista que impregnaban a muchos de ellos. A todas luces el PC, como otras organizaciones de izquierda, se

² Editorial “La gran tarea de la hora es derrotar al continuismo”, *Nueva Era*, No. 1, Buenos Aires, 1958. Esos “5 puntos” habían sido aprobados por la Convención Nacional de 1957 y se referían a la defensa y explotación de las riquezas naturales por parte del Estado, respeto a las conquistas de los trabajadores, reforma agraria, restablecimiento de todos los derechos democráticos y política exterior independiente. La mencionada revista era la publicación teórico-política del PCA.

³ La Declaración de Avellaneda –abril de 1945– es considerada como el documento fundante del Movimiento de Intransigencia y Renovación (MIR) que, dentro de la UCR, se oponía a la incorporación del radicalismo a la Unión Democrática.

esforzaba por conquistar a esa aguerrida masa de trabajadores a la que, desde el punto de vista político, consideraba como un “electorado vacante”. Con vistas a lograr ese objetivo, los comunistas profundizaron su acercamiento a los sectores combativos del peronismo y llamaron, junto con ellos, a votar en blanco en las elecciones legislativas del 27 de marzo de 1960, denunciando el carácter “fraudulento” de unos comicios viciados por las proscripciones, la vigencia del estado de sitio y del Plan Conintes.⁴

Sin embargo, a algunos sectores de la izquierda, la decepción con el frondizismo los llevaría mucho más allá y comenzarían a descreer de las posibilidades de realizar la “revolución democrática” —y de contar para ello con sectores de la “burguesía nacional”—. Para ellos, la traición al “programa nacional y popular” no hacía más que mostrar el error insalvable de la línea del PC. Iniciaron entonces un sostenido viraje hacia horizontes más radicales, alentados por el éxito de diversas experiencias revolucionarias —en particular la cubana—, al tiempo que el PC comenzaba a ser acusado de no ser un partido “verdaderamente revolucionario”, tal como lo muestra la encuesta a dirigentes políticos realizada por C. Strasser.⁵

En las filas del Socialismo Argentino este debate se manifestó tempranamente y de manera abierta, como continuación casi natural de los conflictos que habían llevado a la división en 1958. Es que pese a haberse separado del “ghildismo”, el PSA era una fuerza heterogénea, integrada tanto por grupos fuertemente radicalizados como por otros de orientación más tradicional que convivían dificultosamente.

Así, la consigna del “Frente de los Trabajadores” aprobada por el congreso partidario realizado en diciembre de 1960 fue objeto de dispares interpretaciones que se ligaban, a la vez, con distintas propuestas en torno del tipo de organización que el Partido debía adoptar. Un reflejo de esas disputas, y del progresivo avance de los sectores más radicales, pudo verse en ese mismo congreso al producirse el desplazamiento de A. M. de Justo de la dirección de *La Vanguardia*, que pasa entonces a David Tieffenberg. Pero la franja renovadora, a su vez, también estaba signada por la heterogeneidad, ya que en ella coexistían posiciones cercanas a la línea del PC con otras más proclives a un audaz acercamiento con el peronismo, tal como lo muestran los debates reproducidos por la revista *Situación*.⁶ Finalmente, a mediados de 1961 se produjo la división del PSA en PSA-Secretaría Visconti y PSA-Secretaría Tieffenberg, en la cual se agruparon los sectores más radicalizados y que, un poco más adelante, conformarían el Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV) —que, a su vez, volvería a fragmentarse en muy corto tiempo—. ⁷

En el PC, en cambio, el monolitismo de la organización y la férrea disciplina impuesta por su dirección, impidieron que el debate se manifestara abiertamente, y en consecuencia, la disidencia discurrió por canales subterráneos. La dirigencia partidaria, a la vez que propiciaba el “trabajo unitario”, alertaba a sus militantes frente a las tendencias que reinter-

⁴ Editorial “El balance de los resultados de las elecciones del 27 de marzo”, y F. Nadra, “La lucha electoral bajo el Plan Conintes”, *Nueva Era*, No. 3, Buenos Aires, abril de 1960.

⁵ C. Strasser, *Las izquierdas en el proceso argentino*, Buenos Aires, Palestra, 1959.

⁶ Esta revista se editó entre marzo de 1960 y septiembre de 1961; su comité de redacción estaba integrado por L. Bergonzelli, Buenaventura Bueno, A. A. Latendorf y A. Parrondo. En los primeros números se destacan las notas firmadas por P. Giussani, y en el último número se registra la incorporación de E. Semán al comité de redacción.

⁷ La fractura se precipitó cuando, ante el triunfo de la corriente de izquierda en las elecciones internas del PSA, el sector más tradicional desconoció los resultados y ocupó el local partidario.

pretaban al peronismo en clave revolucionaria ya que, a su juicio, no debía confundirse el “necesario acercamiento” con el abandono de la propia “línea independiente” ni con la subordinación del Partido al “nacionalismo burgués”. En tal sentido, buena parte de las notas publicadas en el número 50 de *Cuadernos de Cultura* (CC), en diciembre de 1960, no dejaban de alertar sobre los “errores de la llamada izquierda nacional” –y de recordar episodios que años atrás habían involucrado a notorios ex militantes, como R. Puiggrós y J. J. Real– y estigmatizar el “ultraizquierdismo” de grupos trotskistas como Praxis, el “verbalismo revolucionario” de los ex frondizistas desencantados o la “impaciencia” de la corriente de izquierda que crecía dentro del PSA.⁸

Sin embargo, en ese mismo número de CC es posible advertir una posición más abierta hacia la “neoizquierda”. Es que en un sector del comunismo, en particular en el “frente” cultural y universitario orientado por Héctor P. Agosti, se estaba más atento a los cambios que se estaban produciendo, diferenciándose de la actitud de cerrada condena y mostrando mayor disposición a tender puentes hacia algunos de esos grupos –en particular los del socialismo argentino– con el fin de capitalizar la izquierdización que advertían se estaba produciendo en sectores de las capas medias y del peronismo.⁹ Así es como algunos grupos, sin romper con el Partido, comenzaron a trazar planes destinados a producir en él una reorientación revolucionaria a la vez que entraban en contacto con socialistas, trotskistas y peronistas que, como ellos, se radicalizaban ligados por el fervor pro-cubano.

⁸ *Cuadernos de Cultura*, No. 50, Buenos Aires, diciembre de 1960. Véase particularmente E. Giúdice, “Neocapitalismo, neosocialismo, neomarxismo”. La revista *Cuadernos de Cultura* era editada por la Comisión de Cultura del PC y dirigida por Héctor P. Agosti.

⁹ J. C. Portantiero, “Algunas variantes de la neoizquierda”, *Cuadernos de Cultura*, No. 50, Buenos Aires, diciembre de 1960.

Y si bien durante estos primeros años el PC evitó la división, su rigidez doctrinaria y organizativa no pudo evitar que el disconformismo se tradujera en un apreciable desgranamiento de su militancia más joven, tal como ocurriría más adelante –a partir de los años 1962-1963– con los grupos de *Pasado y presente*, *La rosa blindada*, “Vanguardia Revolucionaria” (Tortti, 1999; Kohan, 1999), o los que actuarían como “grupos de apoyo urbano” –o directamente se incorporaron– al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), núcleo guerrillero instalado por J. R. Masetti en Salta, y directamente vinculado con la estrategia continental del Che Guevara (Rot, 2000).

III Pero antes de que las escisiones y divisiones se precipitaran, se desarrolló un interesante intento de confluencia entre comunistas y socialistas argentinos que impulsaron la edición de la revista *Che*. Esta empresa político-periodística surgió a fines de 1960 por iniciativa de un grupo de militantes de la izquierda del PSA cuya intención era la de “crear un área de acuerdos para los debates en la izquierda” y que, en palabras de A. A. Latendorf, se proponía “llegar al progresismo” que, por entonces, incluía a “gran parte de la juventud universitaria, de la intelectualidad y los sectores más esclarecidos del sindicalismo”.¹⁰

El grupo original estaba compuesto por Pablo Giussani –su director– y otros socialistas entre los que se contaban Abel A. Latendorf, Manuel Dobarro, Julia Constenla o Elías Semán, además de algunos intelectuales independientes o provenientes del frondizismo como Carlos Barbé, Susana Lugones, Francisco Urondo y David Viñas. Las expectativas estaban puestas en lograr la reorientación de los partidos de la izquierda y en el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanzas que eran

¹⁰ Entrevista a A. A. Latendorf, octubre de 2000.

compartidas entre otros por J. W. Cooke –por entonces en Cuba–, con quien los miembros del grupo editor mantenían fluido contacto.

Con el fin de mantener su independencia, los socialistas decidieron que el financiamiento de la revista estuviera a cargo del mismo grupo que, en más de una ocasión, se encontró con serias dificultades económicas. El primer número apareció en octubre de 1960, y después del número 6 la publicación debió interrumpirse a raíz de los mencionados problemas financieros. En ese momento el PC manifestó su interés por participar de la revista, aportando fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor. De esta manera ingresaron Juan C. Portantiero –quien figura en el Comité de Redacción a partir del número 10– e Isidoro Gilbert –por entonces corresponsal de la Agencia Checa de Noticias–. De modo que, cuando a partir del número 7 *Che* volvió a publicarse, ya era un proyecto compartido por ambos grupos, habiendo quedado la responsabilidad política por el lado de los comunistas a cargo de Héctor P. Agosti, aunque esta presencia nunca fue explicitada por la revista.¹¹

Si algo caracterizó a *Che* fue su tono marcadamente “cubanista” y antimperialista así como el estilo osado y desafiante con que analizaba la situación nacional y enfrentaba a la dirigencia política –incluida la de la izquierda “reformista” y la del peronismo “integracionista”–. Un recorrido por sus páginas permite apreciar la convicción que la animaba respecto de que, con Cuba, se había abierto el ciclo de la revolución en Latinoamérica y que, en la Argentina, ya estaban dadas las condiciones en virtud del alto grado de combatividad que demostraba la clase obrera. Extensas notas hacen la crónica de la conflictividad social en el interior del país, particularmente en

Tucumán, donde la situación de cañeros y obreros es presentada como contracara de la reforma agraria cubana.¹²

Por otra parte, el espacio dedicado al movimiento huelguístico –sobre todo el protagonizado por los obreros ferroviarios– va de la mano del atento seguimiento de las disputas entre “conciliadores” y “duros” en el sindicalismo, emblemáticos en las figuras de E. Cardoso por un lado y S. Borro o J. Di Pascuale, por el otro. A la vez, la línea de los “duros” es el hilo que les permite seguir la situación interna del peronismo y tomar posición por aquellos con quienes, teniendo ya importantes coincidencias, esperan converger en un gran movimiento político “popular y revolucionario”.¹³ Además, la presencia permanente de artículos referidos a Cuba y a los movimientos de liberación y procesos revolucionarios en América Latina, Asia y África son expresivos del horizonte dentro del cual se inscribe *Che*.

Uno de los focos que concentraba la atención de *Che*, particularmente en los artículos de P. Giussani y C. Barbé, es el referido a la descripción de las sinuosidades de Frondizi,¹⁴ de su tensa convivencia con los “factores de poder” –en particular con las Fuerzas Armadas–, de su política económica y de su acelerado deslizamiento represivo. Podría decirse que *Che* fue una mirada desde la izquierda del “juego imposible” en el que se debatía la política argentina a raíz de la proscripción del peronismo, y que en ella pueden apreciarse rasgos –y síntomas– de lo que J. C. Torre (1994) calificara como la “alienación política” de una generación que, decepcionada con el frondizismo, poco más adelante abrazaría con fervor un proyecto decididamente revolucionario.

¹¹ Entrevistas a J. C. Portantiero, junio de 1999; J. Constenla, octubre de 2000; I. Gilbert, diciembre de 2001, y la ya mencionada a A. A. Latendorf.

¹² *Che*, Nos. 16, 17 y 23.

¹³ *Che*, Nos. 7, 9, 13, 22, 24 y 25.

¹⁴ Particularmente las notas de P. Giussani –en todos los números–, y también las de C. Barbé.

En las páginas de la revista pueden advertirse, tanto en la crónica como en el juicio, algunas certezas que funcionaban como ejes articuladores del análisis. Una de ellas es la referida a que la “traición al programa nacional y popular” marcaba el fin de las expectativas respecto de la viabilidad de los “frentes nacional-populares” y de la participación de sectores de la burguesía nacional “progresista” en el proceso de liberación nacional.

Una y otra vez se señala que, abandonados los objetivos del “Programa del 23 de Febrero”,¹⁵ la política sólo podía envilecerse y reducirse a un mero juego de intrigas para retener el poder frente al hostigamiento de los “factores de poder”, y diseñar estrategias espurias destinadas a desactivar al peronismo mediante las mil fórmulas del “integracionismo”. Así, al promediar el gobierno de Frondizi, *Che* avisora que en el panorama político nacional “todo tiende a partirse”, y que “el país evoluciona hacia los extremos” dejando sin espacio a “los partidos intermedios” en los que, a la vez, se multiplican las disidencias internas. En tal sentido, se sigue con atención el cimbronazo producido en la UCRI por el cambio de rumbo de Frondizi y el itinerario que van recorriendo los grupos disidentes, tanto en el caso de los nueve parlamentarios que se apartan del bloque partidario para crear otro —el Bloque Nacional y Popular—, como en el de los sectores juveniles que se orientan hacia posiciones más claramente izquierdistas —que desembocará en la creación del Movimiento de Liberación Nacional (MLN)—.¹⁶

¹⁵ Solía nombrarse así el programa sobre la base del cual A. Frondizi ganó las elecciones realizadas el 23 de febrero de 1958.

¹⁶ El MLN, orientado por I. Viñas, adoptaría posiciones típicas de la “nueva izquierda”, mientras que otros ex frondizistas constituyeron agrupaciones como el Movimiento Nacional y Popular que tendían a coincidir con el PC, o formaban parte de partidos que los comunistas consideraban “amigos” —tal el caso del Partido del Trabajo y el Progreso que participó en las elecciones en Santa Fe, en diciembre de 1961—.

De acuerdo con su caracterización del nivel alcanzado por la oposición popular al gobierno —y de la tensión que dominaba la política nacional—, el grupo de *Che* vislumbraba para los próximos dos o tres años sólo dos alternativas: “el encumbramiento legal de las fuerzas populares o el derrumbe de la legalidad”. Ante esa perspectiva, la tarea de la izquierda no podía ser otra que la de encarar decididamente la creación de un “nuevo nucleamiento popular” que permitiera volcar hacia él al peronismo y a los sectores medios. Para ello, y atendiendo a las características de un país que como la Argentina contaba con un poderoso movimiento de masas, era necesario diseñar una estrategia socialista que no desdeñara incluir la utilización del recurso electoral.

Así, ante el llamado a elecciones para elegir senador por la Capital —a realizarse en febrero de 1961—, la revista trabajó intensamente por la candidatura de A. Palacios, en la convicción de que era posible enfrentar unificadamente a la derecha si se utilizaba la estructura legal del PSA, presentando un candidato socialista que, a la vez, pudiera concitar apoyos extrapartidarios y captar al electorado “vacante” por la proscripción de peronistas y comunistas. Pensaban, además, que si eso ocurría, se le estaría demostrando a Perón lo que para ellos era evidente: que su movimiento se estaba orientando decididamente hacia la izquierda y que quedaría en la orfandad política si sus dirigentes no lo acompañaban en ese tránsito.¹⁷

Producido el triunfo de Palacios, que había desarrollado su campaña con un fuerte tono opositor al gobierno y de exaltada adhesión a la Revolución Cubana, la revista reflejó su euforia con títulos tales como “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y en notas

¹⁷ C. Barbé, “Hay que poner un senador en órbita”, en *Che*, No. 4, 25 de octubre de 1960.

que destacaban que el éxito alcanzado se debía al vuelco del electorado peronista. Mostraban, sobre todo, que en circunscripciones de fuerte composición obrera –como Mataderos– el retroceso del voto en blanco se correspondía con el aumento del voto al PSA. Afirmaban que, “por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia”, en el país estaba tomando cuerpo un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares ya que, en su opinión, los votos a Palacios habían tenido un contenido “netamente clasista” y revolucionario. Y que, en consecuencia, había llegado la hora de dejar atrás los “vicios de la izquierda liberal” para encarar decididamente la construcción de un “movimiento de liberación nacional” que, siguiendo el ejemplo de Cuba, se hiciera cargo de la “idiosincrasia del pueblo”.¹⁸

Si bien la revista no era expresión oficial de ninguno de los dos partidos, las posiciones allí sustentadas eran observadas con atención por las respectivas conducciones. Así, la dirección del PC marcó su postura a través de dos breves notas en las que Ernesto Giúdice advierte a los jóvenes de *Che* que la unidad buscada no debería ser reducida a un “frente de las izquierdas” sino que, por el contrario, debería ser situada en un marco más amplio, capaz de incluir tanto a peronistas y radicales desencantados como a sectores “progresistas” de la “burguesía nacional”.¹⁹

En el PSA, y desde el punto de vista de las disputas internas que lo atravesaban, la situación se volvía crecientemente tensa. Mientras el recientemente electo senador Palacios suavizaba su discurso y tomaba distancia respecto de los “jóvenes iracundos”, *Che* publicaba notas en las que éstos dibujaban el perfil del

Partido según sus propios términos. Así, la dirigente capitalina Elisa Rando afirmará que la “avalancha roja” de la Capital había mostrado que el socialismo había podido expresar a la mayoría “antiimperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria” recién después de haber logrado desprenderse del “reformismo” y avanzar hacia la construcción del “frente obrero”, propugnado por el 45° Congreso del Partido.²⁰

Expresiones como éstas no hacían más que anunciar tiempos de ruptura que, como ya fuera dicho, finalmente llegarían con los episodios de mediados de 1961 –en los que A. Palacios tuvo un importante papel–. A partir de entonces, *Che* descargó duras críticas sobre el senador y sobre la “vieja” dirigencia socialista a la par que potenció su discurso radical,²¹ incrementó notablemente las notas referidas a Cuba, y dedicó una extensa cobertura a la Conferencia de Punta del Este y un minucioso seguimiento a las intervenciones de E. Guevara.²²

Más allá de la cerrada defensa del proceso cubano y de la permanente referencia a la “primera derrota del imperialismo yankee en América Latina” –en alusión a la derrota de la invasión a Bahía Cochinos–, en esas notas adquieren presencia algunos temas que serían centrales en los debates que comenzaban a desarrollarse en el campo de la izquierda, tales como el de las “vías” para acceder al poder, el carácter y las etapas de la revolución, y la actitud a asumir frente al peronismo. En

¹⁸ A. A. Latendorf, “Cuba plebiscitada en Buenos Aires”, y C. Barbé, “Más allá de la euforia”, en *Che*, No. 8, 17 de febrero de 1961.

¹⁹ E. Giúdice, “El 5 bajo la lupa”, en *Che*, No. 8, 17 de febrero de 1961.

²⁰ E. Rando, “Socialismo argentino y socialismo democrático”, en *Che*, No. 9, 9 de marzo de 1961.

²¹ P. Giussani, “Don”, y A. A. Latendorf, “Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios”, en *Che*, No. 15, 2 de junio de 1961.

²² J. C. Portantiero, “¿Qué es Cuba socialista?”, en *Che*, No. 18, 13 de julio de 1961; J. C. Portantiero, “Detenerse es retroceder. Con Raúl y el Che en Santiago de Cuba”, y H. Benítez, “Definición católica sobre Cuba”, *Che*, No. 19, 27 de julio de 1961; *Che*, No. 20, 21 y 22, agosto y septiembre de 1961 (sobre la Conferencia de Punta del Este).

relación con el tema de las “etapas”, punto sensible para la ortodoxia comunista, puede observarse que en la revista se produce un paulatino deslizamiento respecto de la posición del PC: desde afirmaciones acerca de que en la Isla se cumplieron las fases “democrático-nacional” y “socialista”, sólo que de manera “acelerada”,²³ hasta la posición sustentada por J. W. Cooke quien, en una entrevista, sostendrá que “la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa”, adelantando de esta manera su crítica a la política “reformista” del PCA, desarrollada luego en un informe escrito para Fidel Castro en ese mismo año 1961, y que recién será publicado en nuestro país en 1973.²⁴

En cuanto al tema de las “vías”, las notas y entrevistas que *Che* publicó no fueron más allá de la entusiasta justificación de la lucha armada en el proceso cubano pero nunca planteó abiertamente la cuestión para la Argentina. Sí pueden leerse entrevistas en las que F. Castro y E. Guevara señalan la ejemplaridad de Cuba para todos los pueblos que quieran liberarse del imperialismo y construir el socialismo, o Raúl Castro afirma que ellos –los cubanos– nunca quisieron “media revolución”.²⁵ Sin embargo, y aunque la revista no fue más allá, la cuestión aparecerá reiteradamente –en la misma época– en la correspondencia de J. W. Cooke así como en declaraciones y documentos de E. Guevara²⁶ que,

si bien no fueron reproducidas por los editores de *Che*, muy probablemente ya eran objeto de discusión entre la militancia radicalizada de la cual formaban parte.

Pero, paralelamente a este desarrollo de la cuestión cubana, la “coincidencia más fácil”, según los testimonios, socialistas y comunistas –así como los socialistas entre sí– encontraban crecientes dificultades para marchar juntos en las cuestiones de política nacional, en particular en lo referente a la complejidad de las líneas internas que cruzaban al peronismo. Así, las diferentes posiciones a asumir frente a las elecciones a realizarse en Santa Fe en diciembre de 1961²⁷ volvieron insalvables las diferencias: *Che* dejó de publicarse²⁸ y el grupo se dispersó. Y, al mismo tiempo que profundizaban sus disidencias dentro de los respectivos partidos, declinaban sus expectativas respecto de la utilidad de seguir apelando al recurso electoral, sobre todo a partir de la anulación de las elecciones que el peronismo ganó –con apoyo de la izquierda– en la provincia de Buenos Aires en marzo de 1962.²⁹

²⁷ En esas elecciones el peronismo concurrió dividido: una parte con el Partido Tres Banderas y la otra con el Partido Laborista –apoyado por las “62 Organizaciones” y al cual se sumó el PSA-Secretaría Tieffenberg (en el que se ubicaban los socialistas de *Che*); el PSA-Secretaría Visconti presentó sus propios candidatos; y el PC propició la fórmula del Partido del Trabajo y del Progreso, cuyo candidato a vicegobernador era el ex vicepresidente de A. Frondizi, A. Gómez.

²⁸ Si bien la revista fue clausurada por el gobierno a raíz del artículo especialmente belicoso “Ya no puede haber huelgas lampiñas”, firmado por J. Constenla en *Che*, No. 27 del 17 de noviembre de 1961, la autora explica –en la entrevista citada– que las verdaderas causas del fin de la revista radicaron en las mencionadas disidencias.

²⁹ A raíz del triunfo de la fórmula peronista encabezada por A. Framini, las Fuerzas Armadas presionaron al presidente Frondizi y lograron que éste anulara las elecciones. Pese a ello, el presidente no pudo evitar su derrocamiento.

²³ Véase nota anterior.

²⁴ “Reportaje a J. W. Cooke”, *Che*, No. 22, 8 de septiembre de 1961. La revista *Pasado y Presente*, No. 2/3 de julio/ diciembre de 1973, publicó por primera vez en el país el documento de J. W. Cooke “Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina”, en el cual además de sus críticas al PC, se dirige a los sectores peronistas que “no comprenden que los procedimientos de 1945 tampoco sirven ahora para nosotros”.

²⁵ Véase nota 22.

²⁶ Por ejemplo, E. Guevara, “Cuba: ¿Excepción histórica o vanguardia de la lucha contra el colonialismo?”, revista *Verde Olivo*, La Habana, 9 de abril de 1961.

Bibliografía mencionada

Altamirano, C. (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas Grupo Editorial.

Blanco, C. (2000), “El Partido Socialista en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”, en *Sociohistórica, Cuadernos del CISH*, No. 7, La Plata.

Cavarozzi, M. (1979), *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, Buenos Aires, CEDES.

Godio, J. (1991), *El movimiento obrero argentino. 1955-1990*, Buenos Aires, Legasa.

James, D. (1990), *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.

Kohan, N. (1999), *La Rosa Blindada. Una pasión de los 60*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada.

Rot, G. (2000), *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto.

Terán, O. (1991), *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur, 1991.

Torre, J. C. (1994), “A propósito del Cordobazo”, en *Estudios*, No. 4, Córdoba.

Tortti, M. C. (1999), “Izquierda y nueva izquierda en Argentina. El caso del Partido Comunista”, en *Sociohistórica, Cuadernos del CISH*, No. 6, Buenos Aires.